

Reseñas de libros

SENNETT, Richard (2013): *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*, Anagrama, Barcelona, ISBN: 978-84-339-6348-2. Reseñado por Albert Muñoz Miralles, Universitat Jaume I. Reseña recibida: 30 julio 2013. Reseña aceptada: 12 octubre 2013.

En su último libro, *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*, el sociólogo estadounidense Richard Sennett nos invita a reflexionar sobre las posibilidades y retos que ofrecen las distintas modalidades de cooperación para el desarrollo humano y social. Adentrarse en esta temática le sirve además como ocasión para poner de relieve las carencias que detecta en la sociedad actual a la hora de promover la activación de nuestras capacidades cooperativas, así como para seguir profundizando en las complejidades propias de la vida social.

Para elaborar su exposición, Sennett se sirve de fuentes documentales diversas, desde elementos autobiográficos, investigaciones etnográficas del propio autor –con obreros manuales en los años 70, o en tiempos recientes con empleados de la nueva economía–, experimentos sociales que se han desarrollado en el terreno de la cooperación –propiciados desde la izquierda social o desde organizaciones católicas–, o estudios y reflexiones realizados por autores de ámbitos variados del saber –filosofía, psicología, biología–, en la medida en que

ayudan a iluminar distintos aspectos vinculados a las prácticas cooperativas, buscando siempre la proximidad con el lector.

De manera genérica, Sennett observa que la cooperación es una forma de intercambio que beneficia de algún modo a los participantes, permitiendo superar las limitaciones o carencias de la acción individual para el logro de determinados objetivos. El resultado de la cooperación para cada individuo puede variar en función de su posición inicial, sus expectativas, sus habilidades, o las relaciones previas que mantuviera con los demás participantes. Así, aunque admite que brota de manera más espontánea la posibilidad de actuar conjuntamente con miembros de nuestro propio grupo, a Sennett le interesan más aquellas formas de cooperación que se dan entre las personas que forman parte de grupos distintos o incluso enfrentados entre sí, ya que la puesta en acción de prácticas cooperativas aparece a menudo como una necesidad impuesta por la conflictividad inherente a la vida social. Se trata, así pues, de una forma de interacción más exigente, ya que su mayor complejidad requiere

re un esfuerzo e implicación más elevados, pudiendo servir por ello como ocasión para poner a prueba nuestras capacidades sociales, e invitándonos a cuestionar las ideas asimiladas.

En los animales sociales, y de manera notoria en los seres humanos, puede observarse una tensión entre la tendencia hacia la cooperación con otros miembros de su especie y las conductas de orientación competitiva o que responden más claramente a propósitos egoístas –si bien, en la mayor parte de interacciones sociales suelen aparecer entremezcladas ambas tendencias–. Pero, hacia dónde se vaya a inclinar la balanza depende en gran medida de la educación que se transmita a los sujetos, la cual a su vez forma parte de un amplio marco social e institucional, que puede impulsar el desarrollo socio-cognitivo de sus miembros en direcciones variadas. La conducta cooperativa, observa Sennett siguiendo los estudios de psicólogos como Erikson, precede y posibilita la propia formación del yo. Así, la necesidad de comunicarse que manifiestan los bebés emergería como el primer motor que impulsaría la exploración de formas productivas de cooperación. Los juegos infantiles actuarían, algunos años después, como espacio privilegiado para la formación de conductas cooperativas más elaboradas.

Sin embargo, la riqueza conductual que manifiestan los niños puede desvanecerse con el tiempo si la so-

cialidad no estimula adecuadamente su desarrollo posterior. Para ello es preciso mantener viva la curiosidad, aspecto que Sennett considera clave a la hora de implicarse en una actividad social compleja, ya que supone una predisposición a interactuar con extraños, personas de las que tenemos un conocimiento incompleto o que representan intereses distintos a los nuestros. El niño es especialmente sensible a las influencias del ambiente socio-institucional en el que crece, por lo que puede ir interiorizando actitudes de recelo u hostilidad hacia los diferentes, al desarrollar una solidaridad limitada a los semejantes o próximos, o bien ser presa de la desconfianza hacia sí mismo, que se alimenta en la comparación envidiosa.

El contexto actual, según el diagnóstico que ofrece Sennett, no sería muy propicio para el desarrollo de las capacidades cooperativas. Continuando con el análisis de los efectos de la nueva economía sobre la vida de la gente –al que ya dedicó algunos de sus libros, como *La corrosión del carácter* (2000) o *La cultura del Nuevo capitalismo* (2006)–, la temática abordada en este último trabajo le permite incidir en cómo la progresiva introducción de un nuevo modelo organizativo, fenómeno impulsado desde los sectores punteros de la economía, estaría diluyendo los cimientos sobre los que se construye la cooperación. El principio que guía el proceso de reestructura-

ción institucional –y que no se limitaría ya al ámbito de la empresa, pues estaría inspirando también los cambios producidos en la administración del Estado del bienestar o en la legislación laboral– es la flexibilidad, y su horizonte temporal estaría limitado al corto plazo. La consecuente precarización del trabajo conlleva un debilitamiento de los vínculos que ligaban a los trabajadores con las empresas, de manera que hoy raramente ofrecen la posibilidad de desarrollar una carrera profesional sostenida. Los trabajadores han de adaptarse a las necesidades del momento, mostrándose disponibles a cambiar de lugar de trabajo, de función, o de compañeros, sin que obtengan a cambio unas garantías mínimas acerca de su porvenir. Y aunque estas empresas fomentan el trabajo en grupo, según observa Sennett, se trata de una colaboración superficial y efímera, que únicamente genera una forma fingida de solidaridad, pues el nuevo orden abandona cada individuo a su propia suerte.

El efecto combinado de la creciente desigualdad económica y de las nuevas formas de trabajo estaría propiciando la emergencia de un tipo de carácter reactivo a la cooperación, indiferente a las necesidades de los demás, y proclive a aislarse en sí mismo ante la perspectiva de un orden social inseguro y escasamente fiable. Sin embargo, el autor de este libro evita abandonarse a la resignación o la nostalgia, esforzándose por

explorar entre las variadas dimensiones de la vida social, lugares en los que se manifiestan las potencialidades cooperativas de los seres humanos.

La singularidad del análisis de Sennett reside en su enfoque artesanal de las capacidades sociales. Es decir, este autor las concibe como habilidades susceptibles de perfeccionarse a través de una práctica continuada, comprometida y reflexiva. Su noción de artesanía –que desarrolló en su anterior trabajo, *El Artesano* (2009)– no se restringe al ámbito del trabajo remunerado, otorgándole un alcance mucho más amplio, pudiéndose aplicar a las distintas facetas de la vida, y de manera notoria a las relaciones sociales, tratándose de un tipo de actividad definitoria de lo humano. En ese sentido, se hace eco de las aspiraciones de Diderot o Jefferson –remontables incluso a Platón o Confucio– de formar artesanos-ciudadanos, trasladando el compromiso fundamental que adquiere el artesano con el desarrollo de su oficio al ámbito de la *res publica*, donde se ejerce la ciudadanía.

Sennett, por su parte, siempre se ha distinguido por su pretensión de superar la división que se produce recurrentemente, en el ámbito del saber, entre lo material y lo mental –*la mano y la mente*–, entre lo físico y lo social, entre el contacto sensorial y la relación social, para defender en este caso que la profundización

en el dominio de una habilidad técnica puede ayudar, cuanto menos, a lograr una mejor comprensión de las relaciones sociales. El autor apuesta así por una visión integradora de lo humano, encarnada en la idea del hombre como productor de sí mismo, y que se ejemplifica en esa concepción artesanal del desarrollo de nuestras capacidades básicas, que permita una formación adecuada del carácter, preparando de esta manera a los individuos para afrontar positivamente los retos que impone la participación en la vida social compleja.

La interacción social –que suele requerir algún tipo de cooperación– resulta beneficiosa de diversas maneras para los individuos, según la exposición que desarrolla Sennett en este libro. Así, la compañía de los otros –incluso cuando son extraños– puede resultar placentera, lo que puede impulsar a los individuos a buscarla cuando las condiciones del entorno son propicias. Además, involucrarse en los problemas y desafíos que plantea la vida social compleja, puede ayudar a adquirir distancia respecto a uno mismo, aliviando la ansiedad provocada por las propias contradicciones del yo. La combinación de beneficios que aporta la cooperación al individuo y a la sociedad se ejemplifica en el logro de la *civilidad*. Así, la elaboración de unos códigos compartidos hace factible la convivencia y la comunicación entre las diferentes personas que se en-

cuentran en un mismo espacio, y permite sobrellevar el conflicto de intereses y evitar la amenaza de la fragmentación. El desarrollo de la civilidad permite a los individuos sentirse cómodos en el trato cotidiano con extraños, situación que se alcanza mediante el desarrollo de ciertas habilidades vinculadas al fomento de la sociabilidad.

En su libro, Sennett no pretende aproximarse al establecimiento de un modelo crítico desde el que fundamentar los derechos o principios básicos que rijan una comunidad política justa, sino que focaliza su atención precisamente en cómo en la vida cotidiana la gente va estableciendo los pequeños equilibrios que permiten mantener vivo un espacio social compartido, y cómo se plantean y afrontan las disputas o negociaciones entre los diversos actores. No se trataría de llegar a resultados definitivos en forma de consensos, ni de pretender superar la conflictividad inherente a una vida social compleja mediante soluciones armoniosas, sino más bien de fomentar nuestro interés por interactuar con los otros, aunque no se alcance una plena comprensión mutua, y se mantengan latentes las diferencias. Pero el esfuerzo por abrirse a los otros, a los que son extraños a mi ámbito social más próximo, permite al yo liberarse –al menos en parte– de sus propios laberintos, así como le invita a ir más allá de la comodidad que ofrece lo semejante, al tiempo que